

Buena conciencia, malas costumbres. La cuentística de David Viñas sobre el peronismo, a la luz de las reflexiones de Contorno.

LEBENFISZ, Sol / FFyLL, U.B.A. - lebenfiszsol@gmail.com

Eje: Literatura argentina

Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras clave: David Viñas - Peronismo - Revista Contorno*

» **Resumen**

Tanto la intervención pública de los intelectuales de *Contorno* como el proyecto literario de D. Viñas están caracterizados por una actitud crítica y testimonial. La caída del movimiento peronista, al que se habían opuesto férreamente, produce en ellos una reflexión “culpable” (Cf. Terán, 1991), los interpela de manera profunda como intelectuales comprometidos con la realidad. María Teresa Gramuglio (1967) sostiene que D. Viñas no ha logrado una visión “totalizadora y decisiva de este momento histórico” (p. 227) por tratarse de una experiencia que no había sido elaborada aún por las clases medias. Se intentará problematizar esta afirmación, en primer lugar, partiendo del análisis de los intelectuales de *Contorno* sobre el peronismo; en segundo lugar, señalando que la aproximación fragmentaria de Viñas resulta estratégica en cuanto a su intención testimonial, y exitosa en tanto logra dar cuenta del fenómeno, no de forma exhaustiva ni panorámica, sino de forma ideológica, a través del procedimiento de la sinécdoque, y focalizando en la clase media: si consideramos a la clase trabajadora como la protagonista “canónica” del movimiento peronista, el desplazamiento que produce Viñas resulta significativo. Se analizarán los cuentos reunidos en *Las malas costumbres*, a la luz de las reflexiones volcadas por el grupo de esta revista en el número 7-8, de 1956.

» **Contorno y el espejo del peronismo**

La intervención que proponen los intelectuales de *Contorno*, en el contexto inmediato a la caída del peronismo, se ocupa de revisar y denunciar las prácticas de la burguesía, la clase que ha dado “el tono de la oposición” al peronismo esgrimiendo el

argumento de la inmoralidad y pretendiendo solapar con él su irritación por la intromisión del Estado en su derecho a enriquecerse (Cfr. Ismael Viñas: “Miedos, complejos y malosentendidos”, *Contorno*, número 7-8, 1956); pero también la actitud de las izquierdas partidarias, que desconocieron la legitimidad del fenómeno tildándolo de fascista, y no pudieron ver en él un movimiento de masas.

Terán (1991) se refiere a la autoculpabilización de este grupo de jóvenes “promovida tanto por sentirse partícipes de un privilegio intelectual que no sólo es socialmente injusto sino que ha concluido por separarlos más del pueblo y por cegarlos ante la real novedad del fenómeno peronista” (p. 4). Autoculpabilización y autocrítica serán los gestos centrales de la lectura que *Contorno* realiza del peronismo en su número 7-8, meses después del golpe de estado que derroca al régimen.

Estos jóvenes intelectuales de izquierda se asumen como parte de la burguesía (“No le podemos pedir al proletariado que sea responsable ante nuestros valores”), al mismo tiempo que toman distancia de sus prácticas: “Este es el camino que la burguesía no quiere seguir. Esta es su locura, su ceguera: su determinismo de clase” (Rozichner, 1956, p. 3). Asumen la responsabilidad de volver la vista hacia atrás en un gesto que busca desligarse de las posiciones reaccionarias (como la de Sur¹), pero sin caer en la idealización, y sin dejar de señalar sus insalvables diferencias con el régimen derrocado. A propósito de la foto de David Viñas en la solapa de *Las malas costumbres*, Gabriela García Cedro (2011) se pregunta: “¿A quiénes habla, desde dónde y sobre quiénes?”; podríamos sintetizar: se trata de una “ubicación fronteriza”. Las mismas preguntas se le pueden hacer a este número especial de *Contorno*. ¿A quiénes se interpela? Por un lado, a quienes representan las antípodas dentro del campo intelectual, es decir, los sectores liberales, espiritualistas y europeizantes de los que el grupo venía diferenciándose desde la aparición de la revista. Por otra parte, a la izquierda partidaria, “esas solteronas”, al decir de Ismael Viñas, que han fracasado frente a las masas. Pero, en un sentido más amplio, también se interpela a las clases medias en su conjunto, a la burguesía. ¿Desde dónde se los interpela? Desde la posición del intelectual comprometido en el sentido sartreano, “manteniendo distancia con la práctica política partidaria.” (Terán, 2008, p. 266). ¿Sobre quiénes se habla? De alguna manera todo el número es una reflexión sobre el carácter masivo del peronismo; un intento urgente por comprender aquello del fenómeno que interpela directamente a estos jóvenes

¹ Cfr. Oscar Masotta “‘Sur’ o el antiperonismo colonialista”, *Contorno*, número 7-8, 1956. Si bien hay otras menciones a Sur (directas e indirectas), esta es, sin duda, la más exhaustiva y, por ello, representativa de la posición contornista.

de izquierda: la adhesión de las masas trabajadoras al movimiento peronista. Y, en definitiva, se puede pensar que fundamentalmente hablan sobre ellos mismos, sobre el rol que les cabe, en tanto intelectuales progresistas y comprometidos, de cara a su tiempo histórico: “El peronismo, y sobre todo su caída, - escribe Osiris Troiani - nos puso dramáticamente frente a nosotros mismos.” (1956, p. 9).

A lo largo del número, será ecuaníme la necesidad de reconocer la legitimidad del fenómeno peronista, pero desligando al proletariado de la responsabilidad de haber apoyado a Perón, en un gesto que va desde una posición paternalista y descalificadora (Rozichner: “las masas no pueden solas más que revolverse en la ignorancia y en la mentira”, p. 3), hasta otras más sopesadas, como la de Ismael Viñas (“Las izquierdas y los populistas se sentían defraudados por las masas. Los derechas hablaban de la ignorancia del populacho (...) A pocos se les ocurre que las razones de los otros puedan ser tan válidas para ellos como las nuestras para nosotros.”, p. 13). Y reaparecerá, también, el rechazo de la “buena conciencia”, como falso ascetismo político, y como forma solapada del poder: (...) entre nosotros, en fin, están quienes aspiran a la buena conciencia, los eternos obsesionados por el mito de la castidad política” (Pandolfi, 1956, p. 21), y “Logran así crearse una buena conciencia, al menos externa: ha prendido en ellos el convencimiento de que están en lo cierto y de que sus intereses de grupo son realmente los intereses del país” (I. Viñas, 1956, p. 15).

Este recorrido configura de forma precisa la posición de los jóvenes contornistas respecto del fenómeno, una posición que, como anticipábamos, se ubica en el lugar fronterizo que significa no celebrar el peronismo pero tampoco su caída. Evitar, en otras palabras, la apreciación maniquea de la realidad política argentina. Se trata de una posición que, en líneas generales, implica no desentenderse de su disidencia, y asumir la responsabilidad de revisar lo acontecido atendiendo a su trascendencia histórica y a los valores positivos que ha dejado (“Lo que pese al peronismo despertó y significó de surgimiento de una conciencia de los oprimidos”, *Contorno*, 1956, p. 2), y sin resguardarse en el -falso- ascetismo de la “buena conciencia” ni en la deslegitimación, sino asumiendo la incomodidad de su posición, realizando la autocrítica que le reclaman al conjunto de la burguesía y que comienza por ellos mismos.

› *Sinécdoque del peronismo*

María Teresa Gramuglio (1967) sostiene que Viñas no ha logrado, en las dos obras

que abordan el período², una visión “totalizadora y decisiva de este momento histórico”. Este fracaso, argumenta Gramuglio, se debe a que el autor posee una perspectiva limitada, por tratarse de “un movimiento que por su proximidad y características complejas no ha sido aun verdaderamente elaborado como experiencia por los grupos de clase media” (p. 227). En cuanto a *Las malas costumbres*, podría anticiparse que el hecho de estar plasmada en forma de cuentos, a diferencia de las demás obras de su proyecto literario, anuncia la falta de una mirada totalizadora. Más allá de un cierto ordenamiento cronológico³, que le daría al conjunto la ilusión de unidad, la apuesta, como sostiene García Cedro, parece ser por lo fragmentario. No sabemos si Viñas no puede o no quiere ofrecer una mirada totalizadora sobre el peronismo; lo cierto es que no escribe desde el mismo lugar que Borges, que “vio de una vez al peronismo y nunca revisó su visión” (V. Sanromán [D. Viñas], 1956, p. 50). Tampoco lo hace desde una posición que pudiera vincularse al realismo lucakcsiano⁴. Como sostiene la propia María Teresa Gramuglio, la de Viñas es una escritura testimonial, y, en este sentido, resulta efectiva la elección del fragmento para dar cuenta de sucesos más o menos inmediatos, ya que produce un efecto de “barrido” por diferentes aspectos de una realidad que se aborda desde el detalle, desde los primeros planos, aspecto que refuerza la sensación de proximidad con aquello que se narra. En efecto, estos cuentos dan cuenta de episodios históricos y del clima de época del primer peronismo, pero lo hacen mediante el procedimiento de la sinécdoque: lo que se narra es, siempre, una historia pequeña, un recuadro de esa realidad, sobre el que opera, y en el que se revelan las marcas del contexto político.

› *Buena conciencia, malas costumbres*

Rozichner (1956) enumera del siguiente modo los valores de la burguesía: “amor ascético y respeto, estabilidad de la familia, libertad así en general, sacrosantidad de la iglesia, trabajo en las fábricas a pleno rendimiento, patriotismo, buenas costumbres, etc.” (p. 6). Me detengo en el sintagma “buenas costumbres”, con el que parecen estar dialogando los relatos de David Viñas agrupados en el volumen *Las malas costumbres*. Estos cuentos no son relatos sobre la vida de las clases obreras argentinas, sino sobre la de

² *Los años despiadados* (1956, novela) y *Las malas costumbres* (1963, cuentos).

³ Es discutible la propuesta de García Cedro, por lo menos en términos absolutos, ya que el último de los cuentos del volumen tiene como contexto histórico a los bombardeos a la Plaza de Mayo, del '55, mientras que “El avión negro” necesariamente alude a un momento posterior a la caída de Perón.

⁴ Cf. Kohan, 2004, p. 531.

intelectuales, oficinistas, bancarios, profesores, estudiantes, burócratas, militares⁵. Es decir, personajes que representan a las capas medias de la sociedad, y que son, de distinto modo, atravesados (o penetrados, para utilizar una imagen más cara a la escritura viñesca) por el peronismo. Aquella “buena conciencia” del ascetismo político, con la que *Contorno* caracteriza a la burguesía argentina, aparece representada críticamente a través de los protagonistas de los cuentos de Viñas.

Es decir: si *Contorno* esgrime la responsabilidad de la burguesía por los diez años de peronismo, Viñas propone abordar literariamente el período desde una mirada crítica (en ocasiones, burlona) de esa clase, una mirada que va a hurgar en sus miserias, es decir, en esas “malas costumbres” (el sometimiento o la humillación del más débil, la delación, la cobardía, el sentido acomodaticio, la falta de sensibilidad social, el ascetismo moral y político, el individualismo) que se esconden bajo la fachada de la “buena conciencia”. Los relatos de este corpus exhiben pequeñas tramas de poder, construidas en escenarios cotidianos, a veces domésticos, en las que parecen relumbrar, como destellos de esa realidad que las contiene y les da forma, las tramas del contorno político.

Probablemente el relato más representativo en cuanto a la crítica de la “buena conciencia” burguesa sea “Los nombres cambian, la patria es eterna”. Molinari es un funcionario público, representante de la clase media urbana (porteña) y de sus valores: “no se mete con nadie”, carece de una posición político-ideológica definida, cuida lo suyo celosamente, vive una vida ordenada y ascética y siente una mezcla de desprecio y temor por esos sujetos enfervorizados que lo abordan en plena calle y lo humillan, manoseándolo y haciéndole gritar “¡Viva la patria!”. La humillación es doble: por un lado el vejamen físico (“Me sacudieron hasta que se hartaron”, Viñas, 2007, p. 53), por otro, el psicológico, ya que desde la perspectiva de su moral es humillante verse forzado a formar parte de ese erotismo que al mismo tiempo parece repugnarle y atraerlo: “Ese baile seguía: era algo brutal y atractivo; todos mezclados, dándose empujones, flojamente, con la ropa colgando como si les molestara y se la fuesen a arrancar o estuviesen deseando que se les resbalara hasta el suelo.” (p. 52). Es una puesta en escena, algo grotesca, de la inmoralidad que la “buena conciencia” burguesa le achacaba al peronismo. Frente a este desborde orgiástico, las acciones de Molinari se describen desde un léxico del control: “calculó que se habían olvidado de él”, “Se ordenó el pelo, se apretó la corbata...” (p. 52). La mujer de Molinari completa este retrato de la clase media, que siente el advenimiento del movimiento peronista, y de las clases populares, como una violencia injustificada contra quienes nada

⁵ Los únicos contrapuntos son Héctor, el niño “morochito” de “La parva”, y los campesinos de “El avión negro”, ambos relatos pertenecientes a ámbitos no urbanos, por lo que podrían armar otra serie.

tienen que ver con la política y “se ocupan de sus cosas”. El matrimonio, entonces, encarna ciertos lugares comunes de la ideología y la moral de su clase, que se ampara en la “buena conciencia” de la castidad política (y sexual), como si se tratara de credenciales que debieran protegerlos de toda arbitrariedad dentro del nuevo orden social. Por último, la venganza perpetrada por Molinari resulta absolutamente inofensiva. Ni en la soledad de un baño es capaz de perder el control este sujeto que está muy cerca de lo que Kohan define como los personajes característicos de la literatura de Viñas: “los personajes que están «en contra», pero que, al mismo tiempo, se encuentran muy cerca de (cuando no inmersos en) aquello de lo que están en contra.” (Kohan, p. 524). Porque lo cierto es que Molinari no renuncia a su puesto de funcionario; acepta a regañadientes las tareas que le asignan, pero, así como no es capaz de oponer resistencia a la violencia de los hombres que lo interceptan en la calle, tampoco es capaz de apartarse de su trabajo: “Lo tomaban, lo ponían, lo sacaban. Y él tenía que dejar hacer.” (Viñas, 2007, p. 56). Algo de esta violencia antojadiza aparece ya narrada en “Tanda de repuesto”, relato mucho menos referencial respecto del contexto histórico, y cuya acción se desplaza hacia una geografía marginal (una pequeña ciudad de provincia). Allí se da cuenta de la humillación que sufre un viejo profesor secundario por parte de un estudiante durante el transcurso de la primavera de 1945. Justamente por la primavera del '45, Perón hacía su entrada definitiva en la política argentina, aquel 17 de octubre en que las masas obreras se manifestaron para pedir su liberación. Cuenca ejerce la arbitrariedad de la violencia, esa “oscura necesidad de destrozarse lo que los otros hacen, de hacer estallar a los otros...” (pp. 40 y 41), y Ardao, como Molinari, no parece poder reaccionar a esa violencia: es, también, un personaje pasivo, pusilánime. Cuando Cuenca le ordena que baje del sulqui no sólo obedece, sino que además le entrega la escopeta. La sumisión es total. El profesor no puede imponer su autoridad, no puede ordenar la situación, que se le va constantemente de las manos, no sólo dentro del aula, sino también afuera (lo cesantean por pedir por la liberación de colegas desconocidos, en un acto que parece tener más de fortuito que de heroico). Este relato, entonces, no refiere de forma inmediata o directa al peronismo. Lo hace apenas de soslayo, anunciando esa violencia con la que las clases medias percibieron al movimiento. El poder de Cuenca disminuye, se vuelve impotente, cuando la nueva autoridad –el reemplazante-coopta su estrategia de humillación, dejándola sin efecto. “Tanda de repuesto” construye una pequeña trama de poder, y narra cómo la entrada en escena de un nuevo actor reconfigura completamente las relaciones dentro de ese esquema.

“El privilegiado” también se desarrolla en el ámbito escolar, y reitera la relación de dominación y humillación por parte de un alumno hacia la autoridad docente. La diferencia es que aquí se trata de una profesora, joven y feminista, que busca diferenciarse del resto de sus compañeros. Pero a pesar de tener ciertos gestos subversivos para la moral de la

época, Dora “no entendía de política, ni le interesaba”, e incluso a pesar de su feminismo, utiliza la seducción para conseguir beneficios del director del colegio. El retrato de Dora por momentos roza la caricatur; genera la impresión de que, antes de la humillación a que la somete Olsen, ella misma se humilla exagerando los ademanes de su idiosincrasia. La vejación del estudiante se erige sobre esa debilidad, sobre la fragilidad que esa mostración excesiva pone en evidencia. Eva Perón, aludida sólo con indicios, funciona como instrumento del vejamen, que sólo al final adquiere un matiz ciertamente obsceno. La exhibición de las fotos constituye un acto perverso en la medida en que, justamente, no hay en ello nada abiertamente ofensivo, pero, aun así, genera una perturbación. En primer lugar, puede pensarse en la ambigüedad que la figura de Eva generaría en mujeres con ideas feministas, en tanto impulsora del voto femenino al mismo tiempo que deudora de un régimen militar y católico. Además, Dora es profesora de Literatura, y debe leerles *La razón de mi vida* a sus alumnos. La violencia de Olsen se fundamenta en las prácticas autoritarias del peronismo, y busca acorralar a Dora en su impotencia, poner en evidencia su cobardía: “Y Olsen la contemplaba descaradamente, como si se compadeciera de ella pensando que se lo tenía bien merecido por no animarse a tirar todo y a salir corriendo” (p. 98). Al igual que Molinari, es un personaje que no obstante estar “contra” un orden de cosas, está inmerso en él. Con el detalle adicional de tener un discurso contrario a la ideología que se refleja en sus actos: Dora tiene todos los rasgos de la hipocresía.

En “Señora muerta” se puede entrever la mirada de subestimación de las clases medias hacia los simpatizantes peronistas. Un hombre decide ir a conquistar a una mujer en plenos funerales de Eva Perón, y lo hace desde la absoluta convicción de que logrará su cometido. De hecho, logra irse con una mujer (“esa mujer”, la nombra reiteradamente el narrador, generando un efecto de superposición entre el personaje del relato y la propia Evita), pero la subestimación con la que la juzga lo lleva a cometer un exabrupto que invalida la concreción del acto sexual: “-¡Es demasiado por la yegua ésa!”, grita Moure en el taxi frente a la imposibilidad de hallar un hotel abierto, y pareciendo olvidar por completo dónde ha conocido a la mujer con la que pretende acostarse. “Eso sí que no se lo permito”, responde la mujer, marcando el único límite que su acompañante no debió traspasar. La torpeza de Moure puede pensarse como un desliz, pero un desliz abonado por el modo como juzga a “esa mujer”, es decir, desde una mirada machista y descalificadora.

Tanto “Entre delatores” como “¡Viva la patria! (Aunque yo perezca)” se desarrollan en el ámbito militar. En el primero, el capitán Ortega se propone delatar a un superior que conspira contra el gobierno. La única referencia que permite identificar a ese gobierno con el de Perón es lo que dice el Mayor Malter (el traidor): “¡Por ese imbécil y su mujer que nos manda a todos!” (p. 77). Ortega es fiel al régimen, pero no por convicción ideológica, sino por su insoslayable apego a las normas: “[Malter] lo único que había hecho era provocar

anarquía en la guarnición, y eso en el ejército no podía ser, mandara quien mandara...” (p. 82). Malter lo desafía de un modo similar a como Cuenca y Olsen desafían a los profesores: lo acusa de cobarde. “¡Viva...”, cuyo trasfondo son los bombardeos de la Aviación Naval a la Plaza de Mayo, en junio del '55, se centra en un joven conscripto que se identifica con un teniente de la base, amante del jazz, que sabe sobre cine y habla francés. Esta identificación, que involucra un alto grado de idealización y en la que se intuye cierto enamoramiento platónico, está sostenida sobre la base de los gustos compartidos y sobre lo intachable que le resulta a Rigau la conducta de su superior. La idealización del Teniente lo lleva a tener una conducta servil, y lo configura como una especie de versión culta del capitán Ortega, aunque en este caso su adhesión se sustenta en la afinidad que siente por Galli y no en el apego a las normas. En cualquier caso, este servilismo, una vez más, se evade de toda posibilidad de tener una ideología propia, de tomar posición frente a los hechos políticos: “Él prefería no meterse con eso. Eso era la política, y pasaban tantas cosas que Yo no entiendo nada, y Para qué me voy a meter. Yo: argentino” (p. 149).

Decíamos que los intelectuales de *Contorno* asumen una posición autocrítica. Esta misma actitud puede leerse en el relato que da nombre al libro: “Las malas costumbres”. Es el único cuyo narrador está en primera persona: se trata de un intelectual, escritor y traductor, que intenta escribir un libro a partir de sus experiencias, y que sale a festejar la liberación de París en agosto de 1944. La elección de la primera persona para un personaje cuyos rasgos exteriores coinciden tan evidentemente con los del autor facilita la identificación entre ambas figuras, habilita una lectura en clave autocrítica. El narrador es un intelectual que, encerrado como está en su quehacer y en los acontecimientos parisinos, no puede ver, hasta que ya es irremediable, el desenlace trágico que su accionar está provocando: el suicidio final de Yipi, una muchacha de clase baja que el narrador retiene en su departamento, brindándole ciertas comodidades pero despojándola de su libertad: le tira su ropa y no le compra nueva para impedirle salir; solamente le compra batas y ropa interior, la convierte en un instrumento de su propio goce. Para Ismael Viñas, las generaciones jóvenes y progresistas, vieron en el peronismo “la frustración de una posibilidad revolucionaria, tanto como un modo especial de dictadura contraria a la libertad del individuo” (1956, p. 12). El acto más “revolucionario” que comete Yipi es la quema del libro del protagonista. Luego de ese episodio, la actitud “revolucionaria” es aplacada mediante el otorgamiento de esos beneficios mínimos. Rozichner escribe que “Perón (...) fue el primero que le propuso [a la clase obrera] concretamente los fines inmediatos que se acomodaban con sus intereses. No le habló de libertad (...) le habló, simplemente, de lo que inmediatamente entendían” (p. 3). Esta relación de dominación por medio del otorgamiento de beneficios, por un lado, y la ceguera del intelectual, por otro, permiten armar una trama dentro del relato que hace resonar, en efecto, las posiciones

contornistas respecto de la relación entre las masas obreras y Perón, y la actitud autocrítica respecto de sí mismos.

“Cuando los personajes de Viñas dicen no – escribe Martín Kohan- definen, de hecho, una forma de resistencia al poder...” (p. 524). Los personajes de *Las malas costumbres*, a excepción de la mujer de “Señora muerta”, y Yipi, si pensamos al suicidio como un no extremo, nunca dicen no. Padecen el poder y la violencia de forma pasiva, o bien participan en ellos desde una actitud descomprometida o ignorante y que, por lo tanto, elude toda responsabilidad. La lectura que *Las malas costumbres* propone sobre el peronismo parece estar en línea con la demarcación ideológica que *Contorno* desarrolla en su número 7-8. Viñas despliega estrategias para dar cuenta de la realidad política del período a través de relatos que reconstruyen críticamente detalles, gestos, discursos, prácticas y dinámicas de la clase que vio en el peronismo el avasallamiento de sus libertades, y en el avance de los derechos sociales de las clases populares una vejación a su moral y sus valores.

Referencias bibliográficas

- AA.VV, *Contorno*, n° 7-8, Buenos Aires, julio de 1956, en *Contorno. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2013.
- García Cedro, Gabriela, *Las malas costumbres* de ayer y de siempre, en Actas del CUARTO CONGRESO INTERNACIONAL CELEHIS DE LITERATURA, Mar del Plata, 7, 8 y 9 de noviembre de 2011.
- Gramuglio, María Teresa, La actitud testimonial en David Viñas, en *Setecientos monos*, Rosario, año IV, n°9, junio de 1967.
- Kohan, Martín, La novela como intervención crítica: David Viñas, Sylvia Sáitta (directora), *El oficio se afirma*, tomo 9, *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2004
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- , Rasgos de la cultura intelectual argentina, 1956-1966, en *Latin American Studies Center- Series*, número 2, College Park, University of Maryland at College Park, 1991.
- Viñas, David, *Las malas costumbres*, Buenos Aires, Peón Negro, 2007.